

casos necesarios, dice un soldado viejo (18), consiguió calmar por entonces la tormenta; al mismo tiempo que en lo privado, tomó el medio mas eficaz de distribuir con prudencia algunos presentes, para mitigar el descontento de los mas importunos y contumaces; y aunque habia algunos de genio tenaz, que con servaron esto en su memoria para un tiempo futuro, pronto volvieron las tropas á su acostumbrada subordinacion. Esta fué una de las críticas circunstancias en que brilló la elocuencia y autoridad personal de Cortés. Nunca dejó de usar de ellos con ventaja, pero en tales ocasiones, manifestó mas que en otras toda la superioridad de su carácter. En Veracruz habia persuadido á sus soldados á ceder las primicias de sus futuras ganancias; aquí á abandonar estas mismas ganancias. Era esto arrancar la presa de las garras del leon. ¿Cómo éste no se echó sobre él y lo despedazó?

Es verdad que para muchos de los soldados, era de poco interes que su parte fuera poca ó mucha. El juego es una pasion profundamente arraigada en el español, y la pronta adquisicion de riquezas proporcionaba los medios y el motivo de entregarse á él. Fácilmente hicieron naipes de los parches inutilizados de los tambores, y en pocos dias la mayor parte del dinero del botin, ganado con tantos trabajos y sufrimientos, habia cambiado de manos, y muchos de los imprudentes soldados concluyeron la campaña tan pobres como la habian comenzado. Otros es verdad mas precavidos, siguieron el ejemplo de sus oficiales que valiéndose de los joyeros del emperador, convirtieron su oro en cadenas, vajilla y otras piezas manuales de adorno ó de uso ordinario (19).

Parecia que habia conseguido ya Cortés los grandes objetos de la expedicion. El monarca indio se habia declarado feudatario del español; su autoridad y sus rentas estaban á disposicion del general. La conquista de Méjico parecia terminada sin un tiro; pero estaba lejos todavía de hallarse concluida del todo. Falta que dar un paso muy importante, respecto del cual poco progreso habian hecho hasta entonces los españoles; la conversion de los nativos. No obstante los esfuerzos del padre Olmedo, ayudados del talento político del general (20), ni Montezuma ni sus súbditos se mostraban muy dispuestos á abjurar la fe de sus mayores (21). Al contrario, las sangrientas prácticas de su religion se cele-

(18) „Palabras muy melifluas; razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer.” Ibid., ubi supra.

(19) Ibid., cap. 105 y 106.—Gomara, Crónica, cap. 93.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 5.

(20) P. Martir de Angleria con su estilo enérgico dice: „Ex jure consulto Cortesius theologus effectus.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 4.

(21) Segun Ixtlilxochitl, llegó á aprender Montezuma el Credo y el Ave María, cuyas dos oraciones podia repetir; pero su bautismo se difirió y murió antes de recibirlo. Es muy improbable que hubiera consentido en ello. Copio las palabras del historiador, que ademas menciona los infructuosos trabajos del general con los indios. „Cortés comenzó á dar orden en la conversion de los naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del rey de España que se tornasen cristianos como él lo era, y así se co-

braban á la vista de los españoles con toda la pompa acostumbrada de sacrificios.

No pudiendo Cortés sufrir por mas tiempo estas crueldades, se dirigió á ver á Montezuma acompañado de varios de sus oficiales. Díjole que los cristianos no consentirian por mas tiempo, que el servicio de su religion estuviera limitado á los estrechos muros de sus cuarteles. Deseaban difundir su luz por todas partes, y hacer participante al pueblo azteca de los bienes del cristianismo. Con este objeto pedian se les diera el gran *teocalli*, por ser lugar donde podian tributar su culto á presencia de toda la ciudad.

Escuchó Montezuma este discurso con visible consternacion. En medio de sus cuitas habia encontrado alivio en su religion, y aun en obediencia de ella habia mostrado tanta deferencia á los españoles, teniéndolos por los misteriosos mensajeros anunciados por los oráculos. „¿Por qué,” dijo, „Malinche, por qué quereis llevar las cosas á un extremo que ciertamente debe excitar la venganza de nuestros dioses y producir una insurreccion de mi pueblo, quien jamas sufrirá la profanacion de sus templos (22)?”

Viendo Cortés cuán conmovido estaba Montezuma, hizo seña á sus oficiales de que se retirasen. Cuando quedaron solos con los intérpretes, dijo al emperador que usaria de todo su influjo para moderar el celo de sus soldados, y persuadirlos á contentarse con uno de los santuarios del *teocalli*. Si este no se les concedia, se verian precisados á hacer rodar las imágenes de las falsas divinidades, á presencia de toda la poblacion. „Nosotros no tememos por nuestras vidas,” agregó, „pues aunque pocos en número, el brazo del verdadero Dios nos defiende.” Muy agitado Montezuma, respondióle que consultaria con los sacerdotes.

El resultado de la conferencia fué favorable á los españoles, á quienes se cedió uno de los santuarios, cuya noticia difundió gran júbilo en el campo. Ya pues podian tributar su culto manifiestamente y publicar su religion á toda la capital reunida. No perdieron tiempo en aprovecharse del permiso. Limpióse el santuario de sus asquerosas manchas: levantóse un altar donde se colocó un Crucifijo y la imagen de la Virgen: en lugar del oro y piedras preciosas con que deslumbraba el tabernáculo pagano, estaban decorados sus muros con frescas guirnaldas de flores, y un soldado anciano se encargó de cuidar la capilla é impedir que se introdujeran á ella los que no debian.

menzaron á bautizar algunos aunque fueron muy pocos, y Motecuhzoma aunque pidió el bautismo, y sabia algunas de las oraciones, como eran el Ave María, y el Credo, se dilató por la Pascua siguiente, que era la de Resurreccion, y fué tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien, y los nuestros con la dilacion y aprieto en que se vieron, se descuidaron, de que pesó á todos mucho muriese sin bautismo.” Hist. chich., MS., cap. 87.

(22) „O Malinche, y cómo nos quereis echar á perder á toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 107.

Luego que se completaron estos preparativos, emprendió el ejército en solemne procesion la tortuosa subida de la Pirámide. Entrando al santuario y formándose alrededor de sus pórticos, asistieron con reverencia al sacrificio de la misa que celebraron los padres Olmedo y Diaz. Cuando se entonó el magestuoso *Te Deum* elevándose las voces hácia los cielos, Cortés y sus soldados arrodillados y vertiendo abundantes lágrimas, manifestaron su gratitud al Todopoderoso por este glorioso triunfo de la cruz (23).

Era un espectáculo sorprendente ver á estos rudos guerreros, dirigiendo al Criador sus oraciones en la cumbre de este gigantesco templo, en la misma capital del gentilismo, en el sitio dedicado especialmente á sus profanos misterios. Lado á lado se inclinaban el español y el azteca á entonar sus plegarias; y el himno cristiano mezclaba sus modulados tonos de dulzura y misericordia, con el hórrido canto del sacerdote indio en honor del Dios de la guerra del Anáhuac. Era una union contranatural que no podia subsistir mucho tiempo.

Una nacion sufrirá cualquiera otro ultraje que no ataque su religion. Este se hace á sus principios y á sus preocupaciones; á las ideas que ha tenido impresas desde su juventud, que se han robustecido con la edad hasta que han llegado á formar una parte de su naturaleza, que tienen relacion con sus mas caros intereses de esta vida, y con los mas temibles de la otra. Cualquiera violencia hecha á los sentimientos religiosos hiere á todo viviente; al anciano y al jóven, al rico y al pobre, al noble y al plebeyo. Sobre todo, afecta á los sacerdotes, cuya consideracion personal descansa en la de la religion, y quienes en una sociedad medio civilizada, generalmente ejercen una autoridad ilimitada. Así sucedia con los bracmanes de la India, con los magos de Persia, con el clero romano en los siglos de ignorancia, y con los sacerdotes del antiguo Egipto y de Méjico.

Habia sufrido el pueblo con paciencia todas las injurias y afrentas á que hasta entonces lo habian sujetado los españoles. Habia visto al soberano sacado de su palacio como un cautivo, asesinados á su vista sus ministros, tomados y repartidos sus tesoros; á él mismo depuesto en cierta manera de su autoridad real. Habia visto todo esto, sin hacer un solo esfuerzo para impedirlo; pero la profanacion de sus templos hirió sus mas sensibles afecciones, de lo cual no dejaron de aprovecharse los sacerdotes (24).

(23) Este suceso está referido por varios escritores con mas diversidad de la acostumbrada. Cortés asegura que sin embargo de las amenazas de los mejicanos, ocupó el templo y derribó los ídolos por fuerza. (Rel. seg. en Lorenzana, p. 106.) Lo improbable de este hecho quijotesco, chocó á Oviedo; pero sin embargo lo refiere. (Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 10.) Parece muy verosímil que deseaba ponderar su celo militante al emperador. Las aserciones de Diaz y de otros historiadores, conformes á lo que se dice en el texto, parecen las mas probables. Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 6.—Argensola, Anales, lib. 1, cap. 88.

(24) „Para mí yo tengo por maravilla, é grande, la mucha paciencia de Montezuma, y de los indios principales, que así vieron tratar sus templos, é ídolos: mas su



Cristobal de Olid

La primera demostracion de este cambio vino del mismo Montezuma. En lugar de su acostumbrada amabilidad, se mostraba grave y distraido; y en vez de buscar como antes la compañía de los españoles, mas bien parecia que la evitaba. Advirtiósse tambien que las conferencias entre él y sus nobles, y en particular con los sacerdotes, eran mas frecuentes. Contra lo que habia hecho siempre, no se permitia al paje Ortiguilla que le acompañara á tales reuniones. Estas circunstancias no pudieron menos de suscitar en los españoles fundados temores.

No habian transecurrido muchos dias, cuando recibió Cortés una invitacion ó mas bien un llamamiento de Montezuma para que fuera á su habitacion. Dirigióse á ella no sin alguna ansiedad y desconfianza, llevando en su compañía á Olid, capitan de la guardia, y á dos ó tres de sus mas adictos oficiales. Recibiólos Montezuma con una fria atencion, y volviéndose al general díjole, que todas sus predicciones iban ya á verificarse. Los dioses de su pais se habian ofendido de la violacion de sus templos. Habian amenazado á los sacerdotes con abandonar la ciudad, si los sacrílegos extranjeros no eran arrojados de ella, ó mas bien sacrificados en los altares para expiar sus crímenes (25). Aseguró el monarca á los cristianos que por su propia seguridad les comunicaba esto; y „si vos cuidais de ella,” concluyó, „debeis dejar el pais sin dilacion.” No tengo mas que levantar mi mano, y todos los aztecas que habitan el imperio se armarán contra vosotros.” No habia razon para dudar de su sinceridad, pues Montezuma, cualesquiera que hubieran sido los males que le habian sobrevenido por los hombres blancos, respetábalos como una raza mas privilegiada que la suya, al mismo tiempo que segun hemos visto, habia concebido por algunos de ellos un cariño, dimanado sin duda de las atenciones personales y deferencia que le habian mostrado.

disimulacion adelante se mostró ser otra cosa, viendo que una gente extranjera, é de tan poco número, les prendió su señor é porque formas los hacia tributarios, é se castigaban é quemaban los principales, é se aniquilaban y disipaban sus templos, é hasta en aquellos y sus antecesores estaban. Recia cosa me parece soportarla con tanta quietud; pero adelante, como lo dirá la historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto en todos los indios generalmente.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.

(25) Segun Herrera, fué el mismo Diablo quien comunicó esto á Montezuma, y aun refiere la substancia del diálogo entre ambos. (Hist. general, déc. 2 lib. 9, cap. 6.) La aparicion de Satanás en esta vez en figura corporal, es sostenida por los mas de los historiadores de la época. Oviedo, hombre de ilustradas ideas sobre muchos asuntos habla de esto con poca diferencia. „Porque la misa y evangelio que predicaban y decian los cristianos, le (al Diablo) daban gran tormento; y débese pensar, si verdad es, que esas gentes tienen tanta conversacion y comunicacion con nuestro adversario, como se tiene por cierto en estas Indias, que no le podia á nuestro enemigo placer con los misterios y sacramentos de la sagrada religion cristiana.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

Sabia dominar Cortés muy bien sus afectos para que hubiera mostrado cuánto le alarmó esta noticia. Contestó con admirable indiferencia, que sentiría mucho dejar la capital tan precipitadamente, cuando no tenía buques en que alejarse del país. Si no fuera por esto, no tendría obstáculo en abandonarlo inmediatamente. Sentiría también otro paso que esta circunstancia le obligaría á dar; el de llevarse consigo al emperador.

Mucho turbó á Montezuma esta última indicación. Preguntó cuánto tiempo sería necesario para construir los buques; y finalmente consintió en mandar á la costa un número suficiente de operarios para que trabajaran á las órdenes de los españoles, ofreciendo al mismo tiempo usar de su autoridad para contener la impaciencia del pueblo, con la promesa de que los hombres blancos dejarían el país cuando tuvieran los medios de hacerlo. Cumplió su palabra: un gran número de artesanos aztecas salió de la capital con los españoles fabricantes de buques más experimentados, y bajando á Veracruz, inmediatamente comenzaron á cortar madera y construir un número suficiente de embarcaciones para que regresaran los castellanos á su país. La obra se prosiguió con aparente actividad; pero dicese, que el general dió á los que la dirigían instrucciones privadas para dilatarla cuanto fuera posible, con la esperanza de recibir entre tanto de Europa, refuerzos que le pusieran en disposición de mantenerse en el Anáhuac (26).

Todo el aspecto de las cosas había completamente cambiado en los cuarteles españoles. En lugar de la seguridad y reposo que anteriormente habían disfrutado las tropas, sentían un vago temor de peligros, tanto más opresivo al espíritu cuanto era menos visible; semejante á la débil mancha vista por el viajero sobre el horizonte en los trópicos, que el experimentado marino considera como la precursora del huracán. Todas las precauciones que podía aconsejar la prudencia, se tomaron para resistirlo. El soldado, al buscar en su lecho el reposo conservaba su armadura. Comía, bebía, dormía con sus armas al lado. Su caballo estaba siempre pronto, ensillado día y noche, y con la brida colgando del pomo de la silla. Colocóse la artillería de manera que dominara las principales calles; dobláronse las centinelas, y todos, fuera cual fuese su rango, se alternaban en montar la guardia. Estaba la guarnición en estado de

(26) „E Cortés proveyó de maestros é personas que entendiesen en la labor de los navios, é dijo despues á los españoles desta manera: Señores y hermanos, este señor Montezuma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan navios. Id con estos indios é córtese la madera; é entre tanto Dios nos proveerá de gente é socorro; por tanto, poned tal dilacion que parezca que haceis algo y se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid é avisad que tales estais en la montaña, é que no sientan los indios nuestra disimulacion. E así se puso por obra.” (Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Lo mismo dice Gomara. (Crónica, cap. 95.) Diaz niega tales órdenes secretas, agregando que Martin Lopez, principal constructor, le aseguró que había dádose la mayor prisa posible para poner tres buques en el astillero. Hist. de la conquista, cap. 108.

sitio (27). Tal era la comprometida posición del ejército, cuando á principios de Mayo de mil quinientos veinte, seis meses despues de su entrada á la capital, vinieron de la costa noticias que alarmaron á Cortés más que la amenazada insurrección de los aztecas.

(27) „Puedo asegurar sin vanidad,” dice nuestro valeroso historiador Bernal Diaz, „que estaba tan acostumbrado á esta manera de vida, que desde la conquista del país, no he podido acostarme desnudo ó en lecho; y sin embargo duermo tan profundamente como si estuviera acostado en la pluma más blanda. Aun cuando visito mi encomienda, nunca llevo conmigo cama, excepto cuando voy con otros caballeros que pudieran atribuirlo á mezquindad; pero aun entonces, me acuesto vestido. Otra cosa debo agregar; que no puedo dormir largo tiempo en la noche, sin levantarme á ver el cielo y las estrellas, y salir á respirar el aire libre, sin gorro ú otra cosa alguna en mi cabeza, y gracias á Dios ningún mal me resulta de ello. Refiero estas cosas, para que el mundo pueda entender de qué naturaleza éramos nosotros los conquistadores, y cuán acostumbrados estábamos á las armas y á las viglias.” Hist. de la conquista, cap. 108.